



Lección inaugural del Prepósito General de la Compañía de Jesús y Canciller de la Universidad de Deusto, R.P. Arturo Sosa, SJ en el acto de apertura del curso académico 2026-2027 de la Universidad de Deusto, en el Paraninfo (campus Bilbao), el 24 de septiembre de 2026, a las 16.00

Conocimiento que sirve, sabiduría que abre futuro

Provincial de la Compañía de Jesús en España,
Presidente del Consejo de Gobierno de la Universidad de Deusto,
Excelentísimo Sr. Rector de la Universidad de Deusto,
Excelentísimo Sr. Lehendakari del Gobierno Vasco,
Señores Obispos,
Consejero de Ciencia, Universidades e Innovación del Gobierno Vasco,
Autoridades académicas,
Ilustre Claustro Universitario,
Querida comunidad universitaria,
Señoras y señores,
Amigas y amigos:

1. Celebrar en Deusto: una pregunta sobre la misión de las universidades jesuitas

Como Canciller de esta Universidad, es para mí motivo de profunda alegría y gratitud encontrarme hoy en Bilbao, en el País Vasco, en esta Universidad de Deusto, para inaugurar el curso académico 2026-2027 y abrir juntos la celebración de sus 140 años de historia. Deusto nació en 1886, en un periodo de profundas transformaciones sociales, económicas y culturales. Desde entonces, esta Universidad ha procurado servir a la sociedad mediante la formación, la investigación y el compromiso con su desarrollo, fiel a la tradición educativa de la Compañía de Jesús.

Celebrar 140 años no debe ser, sin embargo, un ejercicio de contemplación satisfecha del pasado. Una universidad que pertenece a la tradición ignaciana no contempla su historia como un monumento, sino como memoria que se convierte en fuente de madurez y sabiduría. No celebra para ocupar un espacio de prestigio. Lo hace para reconocer el don recibido y preguntarse qué nuevos procesos está llamada a iniciar. El papa Francisco nos recordó que “el tiempo es superior al espacio”: que lo verdaderamente fecundo no es conquistar lugares de poder, sino iniciar procesos que maduren, convoquen a otros y abran futuro [cf. *Evangelii gaudium*, nn. 222-225]. Esta intuición es especialmente adecuada para una universidad. La universidad vive de procesos largos: de preguntas que se transmiten, de conocimientos que se contrastan y de personas que crecen.

Por eso, quisiera que esta celebración de Deusto fuera algo más que una conmemoración local. Desde este lugar tan significativo para la Compañía de Jesús, cerca de Loiola y en una ciudad que ha sabido transformarse sin perder su memoria, propongo una reflexión que ayude al conjunto de las universidades confiadas a la Compañía de Jesús y, más ampliamente, a todos los que comparten nuestra misión universitaria. Deusto es hoy la ocasión, pero la pregunta que nos convoca es más amplia. En continuidad con mis palabras pronunciadas en la asamblea de la Asociación Internacional de Universidades Jesuitas (IAJU), celebrada el año pasado en Bogotá, me gustaría detenerme en una pregunta doble: ¿qué significa ser universidad jesuita en este cambio de época?, ¿qué servicio específico puede ofrecer el apostolado intelectual cuando la humanidad necesita, más que nunca, conocimiento riguroso, sabiduría compartida y esperanza activa?

Esta pregunta no es retórica. Toca el núcleo de nuestra misión. Una universidad jesuita no existe sólo para transmitir competencias, producir publicaciones, obtener reconocimiento o adaptarse con rapidez a las transformaciones del entorno. Todo eso puede ser necesario, pero no basta. La universidad existe para buscar la verdad, comprender la realidad en su complejidad y poner el conocimiento al servicio del progreso (*utilitas*), la reconciliación (*iustitia*), la dignidad humana (*humanitas*) y la apertura a la trascendencia (*fides*). Cuando el conocimiento se abre a ese horizonte, deja de ser únicamente acumulación de información o capacidad técnica: empieza a convertirse en sabiduría y en servicio. Ese es el horizonte desde el que quisiera hablar hoy.

2. La crisis contemporánea del conocimiento

Vivimos en un mundo herido por guerras, desplazamientos forzosos, desigualdades crecientes, deterioro democrático, crisis ecológica y soledades profundas. No podemos inaugurar un curso universitario como si nada de esto interpelara a nuestras aulas, facultades, grupos de investigación, servicios, y órganos de dirección y gobierno. Junto a esas heridas visibles hay otra, más silenciosa, que afecta directamente a la misión universitaria tal y como la entiende la Compañía y, con ella, la Iglesia: vivimos una crisis del conocimiento.

Por una parte, el conocimiento es despreciado. La verdad se vuelve sospechosa o irrelevante; los hechos se subordinan a emociones primarias; la mentira se convierte en un instrumento de manipulación social y política; la desinformación circula a una velocidad que supera la capacidad de deliberación; el pensamiento complejo se ve reemplazado por consignas simples. La universidad se encuentra entonces ante una tarea insustituible: custodiar el respeto por los hechos, formar en el rigor de la argumentación, enseñar a distinguir entre evidencia y opinión, y sostener la paciencia intelectual que exige comprender aquello que no se deja reducir a un titular ni a una reacción inmediata.

Por otra parte, el conocimiento puede ser capturado en beneficio de unos pocos. No se desprecia, sino que se concentra como poder. Los datos, los algoritmos, las capacidades tecnológicas, los regímenes de propiedad y acceso al conocimiento, las plataformas de comunicación y los sistemas de inteligencia artificial se convierten en recursos estratégicos que pueden servir al bien común, pero también reforzar la desigualdad, condicionar la libertad, orientar el deseo, mercantilizar la atención y producir nuevas formas de dependencia. La reciente encíclica del papa León XIV *Magnifica Humanitas* lo ha expresado con claridad: la tecnología no es neutral, porque toma el rostro de quienes la conciben, la financian, la regulan y la utilizan. Y cuando pocos actores poseen la capacidad de orientar esos procesos, la pregunta por la justicia, la participación y la dignidad humana se vuelve ineludible.

Estas dos patologías —el desprecio de la verdad y la captura del conocimiento— amenazan de manera distinta, pero convergente, a la universidad. La primera deteriora las condiciones culturales de la democracia y de la convivencia. La segunda reduce el conocimiento a una ventaja competitiva, a un instrumento de dominio o a una propiedad privada cerrada en sí misma. Frente a ambas, la universidad con identidad jesuita está llamada a afirmar con humildad y firmeza que la verdad es un bien común, que la inteligencia humana no alcanza su plenitud en la dominación sino en el servicio, y que el conocimiento sólo se vuelve plenamente humano cuando se comparte, se contrasta, se abre a la crítica, se orienta hacia la vida de todos, especialmente de quienes más sufren, y se atreve a las preguntas sobre el sentido definitivo de la existencia humana.

Esta afirmación tiene consecuencias para nuestra manera de investigar, enseñar, liderar y relacionarnos con la sociedad. No basta con defender la ciencia de manera abstracta. Debemos preguntarnos qué tipo de ciencia, qué tipo de tecnología, qué tipo de innovación y qué tipo de universidad estamos promoviendo. No toda producción de conocimiento humaniza. El conocimiento puede iluminar, curar, liberar y reconciliar; pero también puede excluir, vigilar, manipular, destruir o enriquecer a unos pocos a costa de muchos. Por eso necesitamos recuperar con fuerza el sentido del apostolado intelectual como servicio a la Iglesia y a la sociedad: una forma de conocer que no busca dominar la realidad, sino comprenderla con hondura para servirla mejor.

3. El apostolado intelectual: conocer para servir

En la tradición de la Compañía de Jesús, el apostolado intelectual no es un adorno de nuestra misión ni una actividad reservada a élites académicas. Es una forma concreta de participar en la misión de reconciliación y justicia. Es el esfuerzo paciente por comprender la realidad, con todos los medios de la razón, de la ciencia, de las humanidades y del diálogo entre saberes. Es conocimiento que se deja afectar por el sufrimiento del mundo y se pregunta cómo puede contribuir a sanar heridas, abrir caminos y sostener la esperanza.

El apostolado intelectual exige excelencia. Pero la excelencia, para nosotros, no puede confundirse con la competencia individual por el prestigio, con una vida académica encerrada en sus propias lógicas o con la acumulación de indicadores de éxito, sin horizonte humano. La excelencia universitaria vinculada a la identidad jesuita se mide igualmente por la profundidad de las preguntas que plantea, por la honestidad de sus métodos, por la apertura de sus conversaciones, por la calidad ética de sus fines y por la capacidad de generar transformaciones reales al servicio del bien común. Una universidad puede ser técnicamente brillante, considerada “excelente” y, sin embargo, espiritualmente pobre porque no se pregunta a quién sirve su conocimiento y a quién deja fuera de sus beneficios.

Aquí ciencia y espiritualidad se encuentran de un modo más profundo de lo que a veces imaginamos. La ciencia auténtica exige humildad ante la realidad, capacidad de rectificar, apertura a la crítica, reconocimiento de los límites, trabajo en equipo, paciencia, honestidad y respeto por lo que muestran los datos, incluso cuando contradicen nuestras preferencias. La espiritualidad ignaciana, por su parte, nos enseña a salir del “propio amor, querer e interés” [Ej. 189]; nos invita a mirar la realidad desde la libertad interior adquirida, a escuchar, a discernir y a elegir lo que más conduce al servicio de Dios y al bien de las personas. Ambas, ciencia y espiritualidad, cuando son fieles a sí mismas, nos descentran de nosotros mismos y nos sitúan ante una verdad que no poseemos, sino que estamos llamados a buscar, hallar y servir.

Por eso, una universidad con identidad jesuita es un lugar donde se cultiva la ética del conocimiento compartido. No conocemos para beneficio propio o encerrarnos en una carrera personal. No investigamos para acumular méritos. No enseñamos para reproducir posiciones de poder. Conocemos para comprender mejor cómo sortear las amenazas a la vida. En este sentido, la ciencia abierta, la colaboración interdisciplinar, el diálogo con actores sociales y la participación de las comunidades y grupos afectados no son simples opciones metodológicas: expresan una espiritualidad del conocimiento como servicio.

Esto no significa debilitar el rigor académico ni confundir la investigación con una mera toma de posición. Significa exactamente lo contrario: cuanto más complejos son los problemas, más rigor necesitamos; cuanto más vulnerable es la vida, más honestidad intelectual se nos exige; cuanto más polarizado está el debate público, más necesaria es una universidad capaz de reconocer los matices de la complejidad de la realidad, pensar con profundidad, escuchar con honestidad, sin ingenuidad y hablar con claridad sin miedo.

4. Del conocimiento a la sabiduría

El conocimiento riguroso es imprescindible. Nos permite comprender la realidad, identificar causas, contrastar hipótesis, corregir errores, desarrollar tecnologías y abrir nuevas posibilidades. Sin conocimiento, la universidad perdería su razón de ser. Pero el conocimiento, por necesario que sea, no agota la misión universitaria.

Puede multiplicar los medios sin aclarar los fines; puede ampliar nuestro poder sin orientar nuestra responsabilidad; puede decirnos cómo transformar la realidad sin indicarnos siempre hacia dónde conviene hacerlo.

Por eso, aspiramos que el conocimiento nos lleva a la sabiduría. La sabiduría nos hace capaces de unir verdad, sentido, responsabilidad y servicio al bien común. Desde esta convicción, una universidad jesuita no puede conformarse con formar expertos capaces de manejar medios poderosos; está llamada a formar personas capaces de discernir los fines que hacen a esos medios verdaderamente humanos. La sabiduría no consiste en saber más cosas, sino en integrar lo que sabemos en una visión más profunda de la persona, de la sociedad y del mundo en el que vivimos. La sabiduría pregunta por el sentido, por las consecuencias, por los vínculos, por los límites, por las víctimas, por quienes no tienen voz y por las generaciones futuras. No se limita a preguntar qué podemos hacer, sino qué debemos hacer; no sólo qué es eficaz, sino qué es justo; no sólo qué es rentable, sino qué humaniza; no sólo qué es técnicamente posible, sino qué genera vida y abre un mejor futuro.

Esta visión sapiencial es especialmente urgente en la era de la inteligencia artificial. Frente a tecnologías que pueden intensificar sesgos o desplazar la subjetividad, una universidad jesuita no debe limitarse a incorporar herramientas: debe formar criterio. Ha de enseñar a preguntar cuándo, cómo, para qué y para quién se utiliza una tecnología. Y ha de recordar que ninguna innovación es verdaderamente humana si sustituye el encuentro personal, oculta la responsabilidad o transforma a las personas en objetos.

En la tradición ignaciana, este paso del conocimiento a la sabiduría requiere discernimiento. El P. Adolfo Nicolás alertó, hace más de una década, sobre la globalización de la superficialidad. Ese riesgo no ha disminuido; se ha intensificado. En medio del exceso de estímulos, datos y opiniones, la universidad jesuita debe ser una escuela de profundidad: un lugar donde el conocimiento alimenta el discernimiento y el discernimiento abre camino a la sabiduría. Discernir no se limita simplemente a elegir entre lo bueno y lo malo. Muchas veces, lo más difícil es elegir entre bienes posibles, reconocer lo mejor, descubrir por dónde la vida se abre camino en la historia, y percibir qué procesos merecen ser iniciados y acompañados, aunque sus frutos no sean inmediatos. Discernir exige buena información, escucha de la realidad, libertad interior, diálogo, tiempo y apertura a lo nuevo. Por eso no es exclusivamente una práctica personal; también necesita convertirse en una práctica comunitaria e institucional.

Las universidades de la Compañía de Jesús están llamadas a hacer del discernimiento compartido una dimensión clave de su cultura institucional. La cultura del discernimiento en común lleva a un estilo propio de tomar las decisiones académicas, señalar las prioridades de investigación, de su transformación digital, alianzas, del modo de ejercer el liderazgo y del uso de sus recursos. Una comunidad universitaria que discierne escucha la realidad, reconoce sus capacidades y límites,

y se pregunta con honestidad, como hacía Ignacio: ¿qué podemos hacer que sea más necesario, más universal, más justo y más fiel a nuestra misión?

5. Formar jóvenes para una esperanza no ingenua

Este modo de comprender el conocimiento replantea la formación que ofrecemos a de la juventud. La universidad jesuita no puede limitarse a preparar profesionales técnicamente competentes para competir en un mercado incierto. Debe formar personas capaces de comprender la complejidad de su tiempo, construir un proyecto de vida con sentido y poner su talento al servicio de los demás.

El P. Kolvenbach lo expresó con claridad: “A pesar de los fuertes impulsos individualistas en nosotros, una Universidad jesuita debería conseguir transformar a sus estudiantes en mujeres y hombres para los demás, como el Padre Arrupe repitió con tanta frecuencia, pero también, y mucho más en nuestros días, en mujeres y hombres con los demás. En efecto, impulsados por los efectos positivos de la globalización, el acento recae ahora, pesada y felizmente, en la preposición “con” – sobre un fructuoso partenariado-, no sólo desde el lado de la persona individual, sino también desde el lado de la misma Universidad. Mucho más que hasta ahora, la Universidad no puede ser sólo una isla aislada, o una torre de marfil: tiene que extender la mano y hacer que sus específicos métodos académicos de hacer la cosas, estén disponibles para enriquecer los sistemas educativos a nivel local, nacional e internacional, siempre conscientes de que todas estas iniciativas en último término ennoblecerán a la misma institución” (Discurso al Consejo Directivo de Georgetown, Roma 2007, n. 9)

Por eso seguimos hablando de una formación integral: personas competentes, conscientes, comprometidas y compasivas. Competentes, porque el servicio sin preparación puede quedarse en buena voluntad ineficaz. Conscientes, porque necesitan comprender el mundo que habitan y reconocer cómo sus decisiones afectan a otros. Comprometidas, porque el conocimiento no debe terminar en autopromoción, sino en responsabilidad. Compasivas, porque sin la capacidad de sentir con quienes sufren, la inteligencia puede volverse fría y el liderazgo, peligroso.

En buena parte de la juventud percibimos talento, creatividad y un genuino deseo de contribuir a un mundo mejor. Sin embargo, encontramos igualmente ansiedad, cansancio, miedo al futuro y desconfianza. La esperanza no puede, entonces, proponerse como un optimismo ingenuo. La esperanza cristiana, sin negar la oscuridad, reconoce que la historia sigue abierta y que podemos colaborar en procesos que la orienten hacia más vida. Formar en la esperanza significa ayudar a la juventud a mirar la realidad con lucidez sin quedar paralizados; a descubrir su vocación sin reducirla al éxito; a ejercer liderazgo sin dominio; y a sostener la búsqueda de sentido en medio de la incertidumbre.

El acompañamiento, otra dimensión del modo ignaciano, es decisivo. Acompañar no es sustituir la libertad de los jóvenes ni imponerles un proyecto. Es caminar a su lado para que reconozcan sus dones, sus límites, sus deseos más hondos y las llamadas de la realidad. Es ayudarles a integrar la cabeza, el corazón y las manos: comprender, sentir y actuar. Una universidad que acompaña crea espacios donde

el estudiante no se limita a preguntarse qué carrera profesional quiere desarrollar, sino también qué tipo de personas quiere llegar a ser y qué mundo desea ayudar a construir.

Este acompañamiento lo encarna toda la comunidad universitaria. Profesores, investigadores y personal técnico, de gestión y de administración y servicios enseñan con su modo de trabajar, de tratar a las personas, de resolver conflictos, de cooperar y de vivir la misión. Una comunidad universitaria se vuelve creíble cuando sus estudiantes descubren que la alta competencia profesional es inseparable del cuidado mutuo y del servicio.

El contexto de esta reflexión surge la oportunidad para agradecer de corazón la corresponsabilidad y el liderazgo de la increíble cantidad y variedad de personas que hoy sostienen y guían las instituciones con identidad jesuita. Como compañeros en la misión, el compromiso de todas ellas transforma la tradición ignaciana en un dinamismo compartido y vivo.

6. Investigar con impacto humano

La misma lógica debe orientar nuestra investigación. Las universidades jesuitas han de generar conocimiento útil para afrontar los grandes desafíos de la humanidad: la justicia social, el cuidado de la Casa Común y los dilemas éticos de la transición tecnológica. Pero la utilidad de la investigación no debe reducirse a su aplicación inmediata ni a las demandas del mercado. Hay otra utilidad más profunda: comprender mejor la realidad, enriquecer el debate público, revelar causas ocultas de la injusticia, imaginar alternativas y ofrecer criterios para decidir mejor.

Investigar en busca de un impacto positivo implica, a menudo, salir de los despachos y los laboratorios. Supone dialogar con otras disciplinas y con actores no académicos; escuchar a las comunidades afectadas; hacer visibles los conocimientos que suelen quedar en los márgenes; y reconocer que quienes sufren la injusticia son destinatarios de nuestras soluciones, a la vez que y portadores de experiencia, inteligencia y sabiduría. Una investigación verdaderamente transformadora no mira a los pobres y a los descartados desde arriba; aprende a mirar la realidad desde ellos y, cuando es posible, con ellos.

Esta actitud exige universidades abiertas. En tiempos de concentración del conocimiento, las universidades jesuitas deberían promover la colaboración más que la apropiación cerrada; la ciencia abierta; la transferencia responsable; las alianzas orientadas al bien común; y la investigación evaluada por su contribución a la dignidad humana, la sostenibilidad y la reconciliación. El conocimiento producido por la universidad tiene una responsabilidad pública.

En esta tarea, la relación entre la universidad, las instituciones públicas, las empresas y la sociedad civil es esencial. La universidad no sustituye a ninguna de

ellas, pero puede ofrecer algo que todas necesitan: profundidad de análisis, independencia crítica, capacidad de diálogo, formación de personas y un horizonte ético. A quienes ejercen responsabilidades públicas, empresariales y sociales, les expreso mi reconocimiento y mi invitación: sigamos construyendo juntos alianzas capaces de poner el conocimiento al servicio del bien común. La complejidad de nuestro tiempo no se afronta desde organizaciones encerradas en sí mismas, sino desde comunidades que aprenden a colaborar sin renunciar a su identidad.

Esta colaboración también debe orientarse al cuidado de la Casa Común. La crisis ecológica no es un tema más en la agenda universitaria; es una dimensión transversal de la justicia. El grito de la tierra y el grito de los pobres no pueden separarse. Por eso, nuestras universidades han de integrar la sostenibilidad, la justicia social y la formación ética; reducir su propia huella ambiental; investigar sobre transiciones justas; y formar profesionales capaces de tomar decisiones que respeten los límites del planeta y la dignidad de las generaciones presentes y futuras.

7. Una misión en red: arraigo local y horizonte global

Ninguna universidad puede realizar por sí sola esta misión. Mucho menos una universidad jesuita, porque nuestra misión nos vincula a un cuerpo apostólico universal. La Asociación Internacional de Universidades Jesuitas (IAJU), cuya constitución se firmó en Loiola en 2018 y que tuvo aquí, en Deusto, en su rector de grata memoria José María Guibert, un impulso decisivo, expresa esta convicción: si cada universidad camina aislada, sus fuerzas son limitadas; si nos reconocemos como partes complementarias de un mismo cuerpo, podemos afrontar el futuro con esperanza y mayores posibilidades.

Trabajar en red no significa homogeneizar. Cada universidad jesuita vive en un contexto distinto, con desafíos culturales, económicos, políticos y religiosos propios. Precisamente por eso, la red es valiosa: nos permite valorar la diversidad y aprender de ella, compartir capacidades, sostener a quienes atraviesan situaciones difíciles, impulsar investigación conjunta, crear itinerarios internacionales, acompañar mejor a los jóvenes y ofrecer una voz más significativa en los debates globales sobre educación, tecnología, democracia, justicia y sostenibilidad.

El horizonte global nos fortalece localmente. La universidad jesuita es universal, porque está profundamente arraigada. No servimos a la humanidad en abstracto, sino desde lugares concretos, con historias, lenguas, heridas, capacidades y esperanzas determinadas. Deusto lo sabe bien: está enraizada en el País Vasco, y situada en un ecosistema social, cultural, empresarial e institucional singular. Ese arraigo no limita su universalidad; la hace creíble. Sólo quien tiene raíces puede tender puentes verdaderos y contribuir a convertir la diversidad en riqueza compartida.

La universidad jesuita está llamada a ser un espacio de diálogo en sociedades plurales, diálogo como método de búsqueda de la verdad y de construcción de la convivencia. En tiempos de polarización, queremos reunir a personas distintas sin exigirles que renuncien a sus convicciones, capaces de dialogar; queremos construir espacios donde puedan encontrarse en torno a preguntas comunes y alcanzar compromisos compartidos. La universidad es uno de esos pocos lugares donde una sociedad puede escucharse a sí misma con profundidad.

8. Un nuevo tiempo para Deusto: tradición que abre futuro

Permítanme ahora volver a Deusto. Si he querido elevar la mirada hacia el conjunto de la misión universitaria de la Compañía, no ha sido para alejarme de esta Universidad, sino para situar su aniversario en el horizonte que le corresponde. Deusto no celebra 140 años para mirarse a sí misma, sino para renovar su servicio. El nuevo Plan Estratégico de Deusto se propone mantener esa tensión creativa entre sus raíces en la tradición y su apertura a la novedad que permite construir un futuro mejor. La tradición jesuita no es una pieza de museo, sino una forma de discernir lo que permanece y lo que importa; una memoria viva que permite comprender críticamente el cambio y contribuir a orientarlo.

Esta intuición se traduce hoy en Deusto en compromisos concretos: una universidad capaz de acompañar el aprendizaje en distintas etapas; una formación que une excelencia académica, metodologías activas, acompañamiento y sentido; una comunidad más diversa e inclusiva, donde el talento y la formación de calidad estén al alcance de más personas; una investigación orientada a la vanguardia de los desafíos éticos y sociales de nuestro tiempo; una internacionalización arraigada y con propósito; una organización más ágil, transversal y corresponsable al servicio de la misión: todo ello puede expresar, de manera concreta, una universidad que convierte conocimiento en sabiduría y en servicio.

Quisiera transmitir ánimo y esperanza a todos y cada uno de ustedes que forman la comunidad universitaria de Deusto. A quienes investigan, enseñan, acompañan, administran, cuidan los espacios... en fin viven la cotidianidad de la universidad haciendo realidad la misión en la que encuentran sentido los esfuerzos de cada uno. La universidad se construye con planes, estructuras o recursos, pero especialmente con personas que creen que su trabajo, por humilde o especializado que parezca, es importante para los demás. En esa lógica de servicio sencillo y fiel, la memoria del Hermano Gárate sigue ofreciendo a Deusto una imagen luminosa: presencia discreta, cuidado concreto, hospitalidad cotidiana.

A ustedes estudiantes de Deusto les digo: la universidad les ofrece conocimientos, competencias, relaciones y oportunidades. ¡Por favor! No se conformen con ser usuarios de una formación; conviértanse en protagonistas de una vida con sentido. No reciban el conocimiento para obtener ventajas individuales, sino como responsabilidad con la vida de todos. No dejen de preguntarse nunca a quién sirve lo que aprenden, qué heridas puede ayudar a sanar, qué futuro puede contribuir a

abrir. La humanidad necesita la inteligencia que poseen, pero también su compasión, su libertad interior y su capacidad para trabajar con otros.

Agradezco, en nombre de la Compañía de Jesús, la presencia de las instituciones públicas, el tejido empresarial y social, y a todas las personas que comparten hoy esta celebración. Una universidad como esta no pertenece únicamente a quienes estudian o trabajan en ella. Pertenece también, de algún modo, a la sociedad a la que sirve. Por eso, el aniversario de Deusto es una invitación a construir un ecosistema de conocimiento, innovación y justicia que ayude al País Vasco, a España, a Europa y al mundo a afrontar los desafíos de nuestro tiempo con profundidad, responsabilidad y esperanza.

Querida comunidad de Deusto: al comenzar este curso y al iniciar la celebración de estos 140 años, los invito a vivir en fidelidad creativa. La fidelidad no repite mecánicamente el pasado; lo interpreta con gratitud y lo proyecta con audacia. La creatividad no abandona la identidad; la actualiza en circunstancias nuevas. Si algo puede aportar hoy una universidad jesuita es precisamente esto: conocimiento que busca la verdad en medio del ruido y la confusión; sabiduría que orienta el poder hacia el bien común; servicio que persevera en la justicia; y esperanza que no niega el dolor del mundo, pero se compromete a transformarlo.

Que Deusto siga siendo, desde su tradición e identidad jesuita, una universidad arraigada en el País Vasco, abierta al mundo; una casa donde se aprende a pensar con rigor, a discernir con libertad, a servir con generosidad y a construir el futuro con otros.

Que el Señor bendiga esta obra y a todas las personas que la hacen posible. Adelante, pues, con la humildad de quien aprende, la profundidad de quien busca la verdad y la valentía de quien espera. Por otros 140 años de conocimiento, sabiduría y servicio.

¡Muchas gracias! Eskerrik asko!